

una idea clara y precisa de los procedimientos seguidos por la nueva escuela, y de la manera cómo el autor de *La Calandria* ha hecho uso de ellos para dar á su obra cuanto perfección le ha sido dable. Por este motivo, y para llenar cumplidamente nuestro objeto, en cuanto nos sea posible, insistiremos en este punto, diciendo qué elementos se ven hoy excluidos, y en qué sentido y hasta qué punto son aceptables, de la composición literaria que llamamos novela, y para deducir de aquí cuál es la forma hoy día preferida del público, tratándose de una composición literaria que antes se había considerado como obra de pura imaginación, y en la cual entran ahora, dentro de cierta medida, la observación y la experiencia. Este breve estudio preliminar nos facilitará el análisis de la obra de que con especialidad tratamos, ó mejor dicho, formará por sí solo el juicio crítico de ella, puesto que no nos restará otra cosa, al concluir nuestro trabajo, sino hacer breves aplicaciones de lo que anteriormente hayamos dicho.

V.

Sin llevar las cosas hasta el extremo de decir con uno de los más decididos defen-

sores de la literatura realista (1) *que el arte da un grande egotismo que impide al artista fijar su atención en las pequeñas discusiones que agitan á las sociedades*, sí podemos afirmar que la novela contemporánea se distingue por la exclusión de toda tendencia dogmática ó docente. En este sentido se puede decir que se ha verificado una reacción saludable contra la novela tendenciosa y filosófica, la cual, según dice el escritor á quien hemos hecho alusión anteriormente, sólo pudo prevalecer en Francia, merced al talento de Diderot, de Voltaire y de Rousseau que fueron los que la hicieron popular. El arte moderno pretende que el autor desaparezca, hasta donde sea posible, de su libro; no le pide cuenta de sus opiniones religiosas, filosóficas ó políticas, y tan sólo exige la fidelidad y exactitud en la reproducción de los múltiples hechos y de las variadas situaciones que constituyen la vida humana. A las enseñanzas que parecen calculadas por el autor y que hoy se consideran insuficientes para producir el efecto que se desea, pretende sustituir la enseñanza de los hechos.

Comprendida así la cuestión, no vemos por qué deba ser objeto de alarma ó de

(1) Chamfleury: «Réalisme.»

censura el procedimiento empleado por los novelistas contemporáneos, y aun nos parece que el criterio con que hoy se juzga esta cuestión no dista mucho del que ha servido á algunos críticos para fundar su juicio acerca de la literatura dramática. Recordamos, con este motivo, la justa censura que se ha hecho de las tragedias de Eurípides y de Voltaire por sus tendencias filosóficas, que desnaturalizaban el arte, destruyendo la emoción estética, echándose de menos en las del primero el vigor de concepción de Esquilo y la serena sencillez de Sófocles y en la del segundo la sabia osadía de Corneille y la rara perfección artística de Racine. (1) Lo que se ha dicho del teatro ¿por qué no podría decirse de la novela, que es una de tantas formas del arte literario?

Mas esto no quiere decir que en la novela realista esté desterrada del todo la enseñanza. Esto no sería posible, porque siendo ó debiendo ser la reproducción fiel de la vida, tener tal pretensión sería tanto como querer excluir de la existencia humana uno de los más preciosos elementos con que el hombre cuenta para alcanzar su perfección, cual es la experiencia. Nuestra vida entera no es más que una serie no interrumpida

[1] Puede verse á Burette-*Cahiers d'histoire littéraire*.

de enseñanzas, de las cuales no siempre, por desgracia, sabemos aprovecharnos.

La experiencia que adquirimos por los sucesos que diariamente presenciarnos, y que no en vano hemos calificado con el epíteto de amarga, es una enseñanza, nunca interrumpida, y de cada uno de los accidentes que forman nuestra existencia surge una lección moralizadora que sólo es perdida para el que no sabe aprovecharse de ella. No es por lo tanto, responsable la novela realista de la falta de moralidad, ó más bien, de la inmoralidad que se le atribuye, sino en tanto que el autor, obedeciendo á una idea preconcebida, intenta disimular las funestas consecuencias del vicio, inspirando á sus lectores la indiferencia entre el bien y el mal, ó infundiéndoles ese amargo escepticismo que muchos confunden en las rudas pero siempre saludables experiencias de la vida.

Tampoco es cierto que esté desterrado de la literatura realista el elemento dramático. Es verdad que en las novelas puramente idealistas, presentándose casi siempre la pasión en lucha con el deber, el conflicto nacia, por decirlo así, espontáneamente de la situación misma ideada por el autor; y como de ordinario el deber triunfaba y la virtud recibía su recompensa, el combate

de las pasiones era visible y la moralidad de la obra perfectamente comprensible para la generalidad de los lectores. Es igualmente cierto que debilitado el sentimiento del deber en las sociedades modernas, por la relajación general de las costumbres, vense privados los novelistas modernos de este resorte tan poderoso en una sociedad moralizada, para producir una emoción profunda por medio de la narración de los sucesos que refieren; y que no pocos de ellos (los que pertenecen á la escuela llamada naturalista) han llegado hasta pretender interesar al público con simples descripciones que no tienen más objeto que encender las pasiones más innobles, ó someter las acciones del hombre á una especie de fatalidad materialista (la herencia, el medio social) con la cual todo combate es imposible.

No negaremos que el procedimiento empleado por los novelistas anteriores era más propio para despertar en el alma humana el amor á la virtud y la admiración hacia ella, la esperanza del premio y el temor del castigo, dadas las condiciones de la sociedad en la época en que tales novelas se escribieron; así como tampoco intentaremos disimular el daño causado por los que, cediendo á las sugerencias desmoralizadoras de una falsa ciencia, justifican an-

ticipadamente todas las faltas y todas las rebeldías de la voluntad, haciendo imposible toda lucha, y sacrificando por completo el principio de la libertad humana y el sentimiento de la responsabilidad introducidos en la literatura moderna por el elemento cristiano.

Pero entre estos dos extremos, y estudiando la cuestión sólo desde el punto de vista literario con relación al conflicto que resulta del combate de las pasiones con el deber, hay un procedimiento medio que consiste en contraponer unas pasiones á otras, reproduciendo así por la ficción, el espectáculo real y verdadero que la vida nos ofrece. No siempre el deber se presenta á nuestra mente claramente definido, ni es cierto, por desgracia, que triunfe siempre, en las resoluciones que el hombre toma. Por el contrario, es harto frecuente, en el estado actual de nuestras costumbres, que aun los caracteres mejor templados tengan sus desfallecimientos; y no vemos inconveniente en que el novelista describa tales combates y aun pinte con vivísimos colores tan tristes derrotas, reproduciendo fielmente la realidad siempre que quede á salvo el gran principio de la libertad humana, sin el cual la vida nos parecería incomprensible.

Resulta de lo dicho, que no tienen razón

los que juzgan que la novela realista, por estar desterrada de ella toda enseñanza moralizadora, y por no dar cabida al elemento dramático, ó por lo menos por darle una importancia secundaria, viene á quedar reducida á un simple relato, que sólo puede cautivarnos por la belleza del lenguaje y la exactitud de las descripciones. Tampoco creemos que están en lo cierto los que, como Zola, abrigan la quimérica esperanza de hacer de la novela la demostración experimental de esas leyes inflexibles á las que, según ellos, está sometida la vida individual, y que suponen trazadas de antemano por la ciencia. Unos y otros, aquéllos por una concepción incompleta del arte, y éstos por extender sus dominios más allá de sus verdaderos límites, convirtiéndole en auxiliar de una ciencia no bien comprobada, y cuyas teorías muchos ponen en duda, tienden á desnaturalizar la novela. Si en ésta no ha de haber acción, ó si la acción ha de ser tan vulgar que á nadie interese; si de la lectura de la novela no ha de resultar ninguna enseñanza provechosa para dirigir nuestras acciones en el curso de nuestra existencia; si el hombre está fatalmente condenado á ceder á la fuerza irresistible del temperamento, de la herencia, ó del medio en que vive, ¿qué interés, qué emoción es-

tética puede despertar en nuestras almas el espectáculo real ó ficticio de la vida humana?

De esta noción incompleta ó exagerada de lo que es y debe ser la novela en la época presente, proceden, en nuestro concepto, las dos tendencias que se advierten en muchos de los novelistas contemporáneos. Los unos, haciendo á un lado, ó por lo menos, dando un lugar muy secundario al elemento dramático, se empeñan en describir, con una minuciosidad desesperante, hasta las cosas más pequeñas, y á veces asquerosas, con todos los primores de un estilo, que en fuerza de querer reproducir las sensaciones materiales por medio de la palabra, suele degenerar en confuso y alambicado, sin producir honda sensación en nuestras almas; los otros, queriendo explicarlo todo por los datos de la ciencia experimental, se complacen en poner á nuestra vista los caracteres más abyectos y las escenas más repugnantes, desterrando del mundo toda idea de moralidad. Ya hemos dado á comprender muy claramente que, á nuestro juicio, ni los unos ni los otros pueden servir de ejemplo de la novela realista. Esta puede reproducir la vida tal como es, y si es verdad que hay mucho cieno en el fondo de las sociedades modernas; si es cierto que los ma-

los instintos de lo que se ha dado en llamar la *bestia humana* encuentran poderoso incentivo, en nuestros días, en la relajación general de las costumbres, y se muestran indómitos y salvajes, aguijoneados por la ignorancia y la miseria; no es menos cierto que todavía existen, aun en las clases sociales más humildes, rasgos admirables de abnegación, heroísmos sublimes que llenan el alma de consuelo y no nos permiten desesperar de la suerte futura de la humanidad. El concepto pesimista de la vida, que informa muchas de las novelas modernas, falso como concepción filosófica, no es tampoco aceptable como elemento estético en una forma literaria que hoy busca sus inspiraciones en la realidad, sin plegarse á las exigencias de las diversas escuelas que se disputan la victoria en los campos de la filosofía.

Las consideraciones anteriores, dando á conocer á nuestros lectores lo que en nuestro concepto debe ser la novela realista, bastan para dejar demostrado que dentro del género que se ha propuesto cultivar el Sr. Delgado puede haber, y de hecho hay, novelas dignas de estimación, y tanto más agradables para el público, cuanto que con una acción de ordinario breve y sencilla describiendo situaciones naturales y hasta

comunes, y haciendo hablar y obrar á personajes que pueden llamarse reales por estar fielmente copiados del natural, reproducen escenas y accidentes que pasan diariamente á nuestra vista. Hay ó puede haber en ellas interés dramático, porque el hombre se apasiona y se interesa por todo lo que á su suerte atañe, y hasta saludables lecciones, porque acrecentando nuestra experiencia propia con la experiencia ajena, que á tanto puede llegar la ficción que se confunda con la realidad, nos obligan á reflexionar en los sucesos, ya prósperos ya adversos, que, sucediéndose en el curso de la existencia, hacen de la vida de cada hombre un asunto de seria meditación y un manantial fecundo de útiles enseñanzas.

VI

Establecidos estos antecedentes, fácil nos será exponer nuestro juicio acerca de la novela del Sr. Delgado que ha dado motivo á que escribiésemos estas líneas, y explicarnos la acogida favorable que el público le ha dispensado. Parecida "La Calandria," en cuanto á la forma, á las novelas más estimadas de los modernos novelistas españoles,

se distingue, sin embargo, de ellas, por el carácter, no sólo nacional, sino hasta local, que el Sr. Delgado ha sabido dar á sus personajes. Nacidos éstos, por decirlo así, no de la imitación, ni tampoco de la inventiva del autor, sino de la observación atenta de los hechos, hay en ellos tal verdad, que el lector cree tener ante su vista, no personajes ficticios, sino reales y existentes. Lo mismo puede decirse de las descripciones de sitios y lugares que tanto encanto dan á la narración, y que están hechas con verdadero *amor*, como suele decirse. Se conoce que el Sr. Delgado ha contemplado con el placer de artista la hermosa naturaleza de los lugares donde ha nacido y en los cuales ha pasado la mayor parte de su vida. La descripción del jardín de la plaza de Pluviosilla, en el cap. X, la del pueblo de Xochiapán en el XXIII, y la de aquella noche lluviosa, triste y fría en que Gabriel tuvo una entrevista con Carmen, pueden citarse como modelos de exactitud.

Había, sin embargo, en todo esto un peligro que el Sr. Delgado ha sabido evitar con una rara habilidad, y este peligro consistía en que los tipos generales que describe se tornaran en tipos individuales que pudieran señalarse con el dedo. No ha sucedido así, y gracias al talento con que

están combinadas las circunstancias, y los matices variados que se advierten en los diversos caracteres, si cada uno de los lectores puede decir: yo he conocido muchas personas como D. Eduardo Ortiz de Guerra, como Jurado, ó como D^{ca}. Pancha, ninguno sería osado á suponer que el autor había tenido la intención de retratar á determinadas personas.

Salvada esta dificultad, que no es pequeña, cuando el novelista ha tenido un teatro tan limitado para sus observaciones, como lo es una pequeña ciudad de segundo orden, quedaban otras inherentes al carácter mismo de la obra y al género á que ella pertenece. Ya hemos dicho que es propio de la novela realista elegir como asunto de sus cuadros escenas comunes y personajes vulgares, y hemos añadido, además, que en ella no debe advertirse designio alguno preconcebido por el autor con el objeto de enaltecer ó deprimir á ninguna de las clases sociales ó favorecer determinadas tendencias. Este es un grave escollo, y lo que se llama impersonalidad del autor es tan difícil de lograr, que algunos han llegado á creerla irrealizable, y otros, por una lamentable confusión de ideas, han juzgado que en la novela realista debe estar desterrado por

completo todo elemento subjetivo, lo cual es imposible.

El Sr. Delgado que, seguramente, ha estudiado bien esta cuestión, le ha dado, á nuestro juicio, una solución acertada, probando prácticamente en su novela, cómo el interés de una obra de esta clase no depende ni de lo encumbrado de los personajes, ni de lo raro de los sucesos, ni de lo complicado de las situaciones, y ha hecho más todavía: sin caer en lo vulgar, ha podido conmover á sus lectores con las desgracias de una joven de humilde nacimiento, haciendo recaer la responsabilidad de su muerte sobre personas de la mejor posición social sin inspirar odio hacia ellas, y embelleciendo el carácter de Gabriel, tipo exacto de nuestros jóvenes artesanos, con todo lo que puede hacerle interesante, sin dejar de ser verdadero.

La buena elección del asunto y la ausencia de toda tendencia en favor de determinadas ideas, han dado por resultado en «La Calandria» la holgura con que el autor ha podido desenvolver gradualmente la acción, manteniéndose fiel al principio de unidad en los caracteres que ha trazado, es to es, haciendo que sus personajes hablen y obren en el curso de la novela conforme al carácter que desde el principio les ha

atribuído, resultando de ello la belleza y regularidad que la verosimilitud produce.

El carácter de Gabriel es franco y resuelto; pero al mismo tiempo digno y levantado, como convenía al protagonista de la obra. Es un joven artesano, como hay muchos entre nosotros, dotados de una honradez natural que sólo llegan á perder en fuerza de los malos ejemplos que reciben de las clases superiores. Ama apasionadamente á Carmen, pero el amor, en su alma, tiene algo de noble y de elevado que no le permite abusar de la debilidad de una mujer, y además, su dignidad le impide aceptar las caricias de quien ya no es merecedora de su estimación. A su vez, Carmen es una joven, como tantas otras, de esas que vemos todos los días luchando entre los atractivos de un afecto virtuoso que podría darles la felicidad aun en medio de la pobreza, y los halagos de la vanidad, las seducciones del lujo y el bienestar pasajero que podrían proporcionarle sus relaciones ilegítimas con el joven Alberto Rosas.

Cármen es el verdadero tipo de las jóvenes de nuestra clase pobre, hoy deslumbradas por los ofrecimientos interesados de los seductores de profesión; mañana abandonadas hasta tocar las lindes de la miseria y terminar su vida en una casa de prostitu-

ción ó en un hospital. Salvo la catástrofe final que, aunque verosímil, dado el carácter y circunstancias de la protagonista y la habilidad con que supo prepararla el autor, no es común en todo lo demás; la suerte de Carmen es la de tantas otras jóvenes desgraciadas, á quienes los atractivos del lujo y los halagos de la vanidad conducen irremisiblemente á la perdición.

Con tales elementos, el Sr. Delgado ha podido darnos un cuadro de las costumbres actuales de nuestra sociedad, que ha llamado justamente la atención del público por su admirable exactitud, reproduciendo lo que hoy se llama la *realidad de la vida*, en los caracteres que ha creado y en las situaciones que ha descrito. Por esta causa su novela ha tenido tan favorable acogida y alcanzado tantos elogios.

No era menos difícil trazar con igual habilidad los demás caracteres. D. Eduardo, padre natural de Carmen; tenía que ser, no el padre tiránico y despiadado de las novelas antiguas, sino el hombre de mundo de los tiempos modernos. Responsable de una falta que la sociedad actual mira con culpable indiferencia, creyendo como creen muchos, que un puñado de duros basta para reparar todos los errores y redimir todas

las culpas, pudo decir en su entrevista con el padre González:

—“No es extraña esta pena. Pago con ella errores juveniles, faltas lamentables de irreflexiva edad. He subvenido á las necesidades de esa joven desde sus primeros años. Lleva mi sangre y la amo.”

Pero el lamentable curso de los acontecimientos, las dificultades domésticas, y sobre todo, la falta de su sombra paternal y del respecto que su nombre habría inspirado en favor de quien por ser su hija tenía el derecho de llevarle, vienen á demostrar lo erróneo de sus juicios. La muerte desgraciada de Carmen debió pesar sobre la conciencia de D. Eduardo, como la más negra de sus faltas, y el más horrible de sus crímenes.

Si es triste y doloroso el espectáculo de Gabriel labrando el ataúd que ha de guardar el cuerpo yerto de la mujer que fué su amor primero, tal vez único, no es más honda la impresión que causa en nuestro ánimo la consideración de lo que, en un caso semejante, debe experimentar el corazón de un padre que ve morir á su hija en el abandono y en la desesperación; porque si los recursos pecuniarios que le ha proporcionado pudieron librarla de la miseria, no fueron ni pudieron ser suficientes

para salvarla de la deshonra. En el primero se revela el dolor, intenso, cruel, desgarrador de un primer amor burlado; en el segundo el remordimiento de la conciencia y la vista perceptible y clara de las consecuencias funestas de una falta irreparable.

Del desarrollo gradual de los caracteres resulta la naturalidad del diálogo, la verosimilitud de los sucesos y lo dramático de las soluciones, cualidades todas que revelan el talento artístico del autor, y explican el grato placer que el público ha encontrado en la lectura de "La Calandria." En algunas de las escenas descritas y hábilmente preparadas, se advierte claramente el predominio del elemento dramático. La última entrevista de Gabriel y Carmen, de que se trata en el capítulo XXI, está descrita con tal pasión, con tal viveza de colorido, que causa en el lector una impresión profunda. Los caracteres de los dos amantes están en ella tan bien pintados, que cualquiera cosa que el autor hubiera añadido, sólo habría servido para debilitarlos. Véase en ella la verdad, se siente en esta tan patética entrevista palpitar la realidad y la vida.

Dejando aparte el estudio de los personajes secundarios como el padre González, Malenita, el monaguillo, etc., porque deseamos ya poner término á este largo estudio,

términaremos diciendo: que la novela de "La Calandria" es, en nuestro sentir, uno de los ensayos más felices que en este género de composiciones, se han hecho entre nosotros; y que el aplauso con que el público le ha acogido es una prueba del interés que hoy despiertan los estudios literarios, especialmente tratándose de la novela hasta ahora tan poco cultivada. Si nuestro juicio no es errado, y si hay verdad en las observaciones que nos han servido de base para fundar nuestra opinión acerca de la novela del Sr. Delgado, debemos esperar, que siendo más propicios los tiempos actuales á este género de composiciones, contando los novelistas con los estímulos de un público ilustrado y de una crítica sensata é imparcial, y teniendo á mano tan buenas novelas que estudiar en muchos de los novelistas extranjeros contemporáneos; la Literatura Nacional se enriquecerá con nuevas obras escritas con tanto acierto y tan profundo conocimiento de los preceptos del arte, como la que nos ha dado asunto para escribir estos renglones.